

textos

libros

fronteras del desorden, (Eugenio Trías, *Ciudad sobre ciudad*, Destino), *La Razón*, septiembre de 2001

Ciudad sobre ciudad es un compendio del proyecto filosófico de Trías. Si *Lógica del límite* desarrollaba una estética, si *La edad del espíritu* era una filosofía de la religión, si *La razón fronteriza* entra en el ámbito de la teoría del conocimiento, *Ética y condición humana* exponía la naturaleza del ser del límite en su vertiente práctica y cívico política, ahora se intenta articular esas cuatro circunscripciones para construir la ciudad ideal, recuperando el proyecto Platónico en su vertiente más innovadora. Sobre estos cuatro barrios se proyectan los conceptos fundamentales de la obra del autor: el ser del límite, la razón fronteriza y el suplemento simbólico. Como, por otra parte, el autor entiende la filosofía no únicamente como un proyecto de la inteligencia sino de la emoción, esta construcción viene marcada por tres emociones fundamentales: el asombro, el vértigo (que, lejos de Sartre, Trías pone por encima de la angustia) y el amor.

Desde *El artista y la ciudad*, el último referente de Trías siempre ha sido la urbe, un ámbito que se ha ido colonizando en sus principales arterias a lo largo de distintas obras. Y todo ello espontáneamente, sin obedecer a un plan previo. Ahora se trata de inaugurar esa ciudad, consumir una fundación posterior al "work in progress" que es la constante forja de ideas del filósofo. Estamos pues ante un esbozo de lo que algún día será la prolongación cívico-política del uso práctico (ético) de la razón fronteriza.

Siguiendo a Platón, en dirección divergente de otros pensadores actuales, Trías afirma que el pensamiento y la construcción de una ciudad ideal deben ir parejos. La filosofía puede ser comparada a una construcción urbana: la ciudadela del límite. En ella los barrios se articulan en un libre juego, sin que ninguno ocupe un lugar supernumerario. En las barriadas de esta ciudad (la estética, la ética, lo gnoseológico, lo filosófico-religioso) el ser del límite varía, se recrea en cada esquina, cada persona, cada instante. Igual que en una variación musical el tema recorre distintos paisajes sonoros, jugando con la ambigüedad entre diferencia e identidad, hay también un principio histórico y dinámico, al que Trías llama "principio de variación". En virtud de él, toda ciudad es una "per-sona" a través de la que resuena un aire común, un rumor propio y específico.

La filosofía del límite concibe una triple realidad: el "cerco del aparecer" o mundo, el límite de éste o "cerco fronterizo", y la referencia de lo imposible, una matriz misteriosa que debemos experimentar. Así pues, se trata de un ideal/realismo donde la clave está en la barra de conjunción-disyunción. El sistema de Trías se afirma cara a cara con lo trágico, ante la imposibilidad de reducir las afueras. En este sentido, Nietzsche envuelve y limita a Hegel. El vértigo de una inacabable maroma entre la vida y la muerte recuerda que los nuevos edificios crecen del humus de los muertos, en una tierra baldía que no podemos olvidar. La "instauratio

magna" de la ciudad ideal no se produce en el vacío, a partir de una "tabula rasa". Igual que se superponen las capas geológicas o los anillos de un tronco de árbol, así nace orgánicamente lo nuevo desde la putrefacción, relacionando desorden y geometría.

Es preciso conservar el pasado, verterlo todo en el molde, evitando la tentación de las rupturas juveniles y las autopistas imperiales. Poblada por nuestra desnuda existencia en constante exilio y éxodo, la ciudad no debe olvidar el desierto (la *Waste land* de Eliot) del que vienen sus piedras. El pensamiento se tensa así en una porfiada lucha con el filo de sentido y sin-sentido. Es necesario huir del academicismo, de ese periodismo de altura propio de la erudición, para intentar pensar la vida común de los hombres, allí donde lo siniestro es la condición de la belleza.

Por tanto, hay como un doble reto, jánico. Ni nos es dado prescindir del abismo matricial, ni tampoco podemos soportar una excesiva cercanía con él. Trías vuelve a mostrar aquí una insobornable pasión ecuménica, en estos días en que el tema del "otro mundo" está abruptamente puesto sobre la mesa. Por una parte, lo sagrado debe permanecer separado, inaccesible. Por otra, es preciso amansar la inhospitalidad con que nos amenaza abrazándolo, dándole cobijo. La tarea de la filosofía es modular de forma analógica e indirecta una salvaje singularidad, esa "universalidad sin concepto" (Kant) que aflora en la obra de arte. El pensamiento fronterizo tiene por delante la mediación entre la trascendencia mística y la inmanencia cívica.

El encuentro del testigo humano con lo sagrado toma la forma de una cita, cita que mantiene abierta una perpetua posibilidad. Existe un lugar, el templo, y un tiempo, la fiesta, para que esa cita pueda producirse, convocando el caos en el que se recrea nuestro cosmos. Este borde en sombra es el "dato del comienzo": en el espacio-luz de un instante fundacional, la razón abraza lo real al precio de asumir la inanidad irreal que lo atraviesa. Entonces se produce una alquimia de lo temporal en lo intemporal, una resurrección de la rosa en la cruz del presente. El fuego y la rosa llegan a ser uno en el eterno retorno de "un santo decir sí" en el que el hombre (*Ecce homo*) llega al fin a ser lo que ya era. Esto nos prepara para la tarea más difícil, ese libre uso de lo propio donde Hölderlin cifraba el porvenir del signo que somos.